

diablos que cargan con los ladrones que pretendían apoderarse del talego.

Por último, el entremés de *La sombra y el sacristán* es refundición de un anónimo anterior titulado *La sombra*, que no es más que el sacristán remedando las acciones y ademanes del marido, á quien la mujer hace creer es su propia sombra¹.

Don José Joaquín Benegasi, hijo de don Francisco, de quien hablaremos en el capítulo de los *Bailes*, compuso en su primera juventud (1707-1770) algunos entremeses y bailes, de que se han conservado tres solamente de la primera clase y pocos más de la segunda.

Entremés del reloj. Ridiculiza á un hidalgo pobre y enamorado, y aunque el tema dista mucho de ser no visto en esta clase de piezas, no puede negarse que está escrito con agudeza, que encierra algunos buenos chistes intercalados y hasta menos conceptos que otras obras suyas. El título responde á que el reloj que en el bolsillo tenía el hidalgo, era una cabeza de ajo.

El entremés *Del Zahorí* es también gracioso. Un bribón, fingiéndose zahorí, engaña á un alcalde rústico conduciéndole fuera del pueblo á sacar un supuesto tesoro, en tanto que le quita un talego que tenía en su casa. Pero cuando quiere llevarles á él y al escribano las capas, se descubre el hurto y le prenden. Acaba en baile.

En *La campana de descascar*, que al principio ofrece un buen entremés de costumbres y sátira, quédase y desaparece la idea desde el momento en que el interés debía de ser mayor. Según nos declara la mujer de un letrado, su marido se ha vuelto loco diciendo tener un breve que le permite descascar á las personas. Acuden gentes diversas, y cuando al salir el descasador comenzaría el verdadero entremés, dícele haber sido chasco todo lo referido².

Entremeses de D. Diego de Torres. En 1739 tenía aprobados sus juguetes dramáticos, y dice que eran ya antiguos, por ser obras de su juventud escritas para hacerse en casas particulares, habiendo él mismo tomado parte en la representación de ellos. Sólo dos de estas piezas llevan el nombre de entremeses y ambos están imitados de otros. El del *Duende* lo sería para el marido, según quiere convencerle su mujer, el sacristán su amante, y el *Médico sordo y vecino gangoso*, simple diálogo entre am-

bos, recuerda el entremés de la *Linterna ó Las noches de invierno*, de Avellaneda.

Las demás obras de esta clase compuestas por Torres Villarroel, llevan los nombres de *sainetes*, *finés de fiesta* y también escribió dos *bailes*.

Hállanse todos en sus *Fugetes de Italia*, que forman un tomo en la abundante colección de sus obras completas, de que hay ediciones modernas y vulgares.

Iban degenerando los entremeses en cuanto á su objeto y contextura, de que nos dan buena prueba los de D. Juan Bautista Arroyo y Velasco.

El muerto antes de morir no es asunto de entremés sino de novela, y lo forman cuatro burlas que la mujer, ayudada de tres amigos, hace al marido y luego ella misma otra á sus ayudadores.

Peores aún son el de la *Casa de los locos de Zaragoza*, y eso que le llama el autor «entremés famoso y nuevo»: es una extravagancia literaria; todo se lo hablan los locos diciendo y repitiendo sus peculiares locuras y manías; *La mula de Plasencia*, cuya intención y asunto no se adivina, como no sea el de acumular chistes flojos sobre el tema de las mulas de los médicos; Plasencia era el gracioso de la compañía; y el *Astrólogo burlado*, en que un vejete vestido de muerto atemoriza y se mofa de un astrólogo.

Pero el que titula *Sainete nuevo de los majos de Aravaca y gallego enredador*, es muy curioso para el estudio de las costumbres de los majos y alguno de sus cantares. Es de hacia 1748 y existían ya, como á fines del siglo, los gremios de Lavapiés, Maravillas y Barquillo. Del del Rastro no se habla.

MAJA 1.^a (Canta.) En la calle de Atocha
junto al Lorito,
vive el bien de mi vida
¡Ah, chulita; ah, perlita!
que yo le he visto.
Toma un cachete,
porque no quieres darme
¡Ah, chulita; ah, perlita!
la cinta verde.
Otra más maja
que yo, queridas,
no hay en el Barquillo
ni en Maravillas.
Porque así me lo han dicho á mí;
porque así me lo han dicho, sí.
¡Ay, chusco mío,
tu morteruelo me ha despertado
con su golpeo!
¡Tocalé, tocalé, tocalé,
tocalé, que yo le bailaré!

Arroyo compuso además otras piezas de muy poco valor, algunas son imitación servil de las del siglo XVII¹.

¹ Los entremeses de Arroyo existen manuscritos en la Biblioteca Nacional.

¹ Los entremeses de Cañizares se hallan todos manuscritos en la Bib. Nac.

² Hállanse entre los bailes de su padre, en el tomo de sus *Obras líricas jocosas* (Madrid, 1746), de quien hay un soio entremés titulado *Los enjugadores*, sin valor literario.

Otro poeta oscuro de la mitad primera del siglo XVIII fué D. Juan de Agramont y Toledo, de quien existen cuatro ó cinco piezas intermedias de teatro.

La cualidad de este autor es convertir los entremeses en unas obras más extensas, haciendo de ellas lo que después llevó á feliz término D. Ramón de la Cruz. Se inspira en la realidad y copia bien las costumbres de su tiempo. Lástima que el estilo y lenguaje no corresponda en lo demás á estos aciertos.

Así en el entremés *Lo que pasan los maridos*, pone en escena varios tipos de mujeres: la amiga de galas, la de visitas, la de coche, otra vanidosa en todo. Y en el mismo tema, recogiendo nuevos aspectos del carácter femenino, en el que tituló *Los gustos de las mujeres*.

En el primero de ellos, el marido de la ostentosa, dice:

No hay gala que no pida,
tenga ó no tenga yo el caudal á su medida.
Si mira *pompador*, luego lo quiere;
si es que atisba *marli*, por él se muere;
á mantillas se inclina;
pide lienzo, cristal y morsulina.

De la visitadora, dice el suyo:

Doña Escotofia, doña Fulanita,
me vienen esta tarde á hacer visita,
y es bien con cumplimiento se las trate:
dulces, bizcochos, tortas, chocolate
y sala iluminada;
la orquesta prevenida y bien pagada;
que venga el peluquero;
haya un buen rato y páguelo el dinero.

El de la amiga de carruaje:

Por la mañana, por la tarde y noche
toda su tema es: «Yo quiero coche,
con mulas por cerrar, en pelo iguales,
y con siete cristales;
su cochero y lacayo,
para ir al río por Abril y Mayo.»

El otro finalmente clama:

No hay con seis mayorazgos bien crecidos
sólo para proveerla de vestidos.
Tela, tisú, damasco, terciopelo,
galones, alamares sin consuelo;
aderezos y mantillas
y otras mil cosillas,
que si darlas pudiera,
ocho flotas en ellas consumiera.

Salen luego las pedidoras y es de ver cómo repican:

PACA. ¿Fuiste á la calle Mayor?
¿Me traes abanico y vuelos,
unas pulseras, los guantes,
puntas para el manto, petos,
seis pañuelos bien bordados,
medias de Persia y un perro
de china para el tabaco;
tres mantillas, á lo menos,
de franela de Cambray

y de Marly, pero luego;
la rica de morsulina,
porque es moda y yo no puedo
dejar de salir lucida
á vista de todo el pueblo?

Y otra:

LUZ. ¿Yo vestir sólo damasco?
¿Yo tafetán, y yo luego
pañó para los veranos
y muer para los inviernos?
¡Picaro! Tú has de traerme
glasé de plata y de flecos,
bordaduras, alamares,
entorchados, sobrepuestos;
y para todos los días
riquísimo terciopelo.

En el segundo entremés las peticiones tienen el mismo tono:

—¿Qué queréis vos?

—Quiero galas,
visitas, baile, asambleas.

Quiero, en cuanto á lo primero,
una *respetuosa* bella
de Marly con agujeros;
así, que una red parezca
para pescar á los hombres.

AYALA. ¡Ya eres tú famosa pesca!
—Quiero una bata, un vaquero,
no de lana y sí de seda,
ó de tela, que es mejor.

AYALA. Ve á la Puerta de la Vega,
que sin que te cueste nada
allí encontrarás *la Tela*...

GAL. También quiero un dominó
para cuando se me ofrezca
ir á un baile de importancia.

AYALA. ¡Quétese, que es una necia!
El dominó se hizo sólo
para mujeres de prendas,
de calidad y dinero.
Mas dígame: ¿quién es ella?...

Sale otra:

Marido: ¿Está ya el estrado
y las arañas compuestas?...

¿Adónde están los espejos?

AYALA. A la luna de Valencia.

BAR. ¿El canapé, las alfombras,
cornucopias y vidrieras,
las arañas de cristal?...

¿No hay cama imperial, estatuas,
candeleros, sillas, mesas?...

Otra:

Yo, señor, gusto de barro,
que me agrada ver que suena
mascadito poco á poco
en los dientes y las muelas.
Quiero barro de la Maya,
de Chile, de Zacateca,
de Portugal, de la China,
de Alcorcón y de Ginebra.
Quiero carbón, quiero yeso...

AYALA. ¡Mejor fuera que barrera!

El entremés de *Los sacristanes al pozo* es muy inferior á los dos anteriores, ya por ser el asunto muy trillado y porque se vale de la magia para urdir y desenlazar la pieza.

Llama *sainete*, porque iba ya prevalecien-

do este nombre, al titulado *La visita de la cárcel*. Ayala, gracioso, de alcalde rural, visita, como se hace en otros, la cárcel y sentencia á cierta clase de hombres que sus mujeres habían hecho prender, aunque luego se oponen á que se les destierre. Hay algo de sátira y de costumbres, aunque flojo todo ello ¹.

Con este mismo nombre de *sainetes* escribió el mismo Agramont otras piezas, y lo mismo hicieron otros autores del tiempo; de suerte que cuando en 1757 empezó D. Ramón de la Cruz á componer los suyos, el nombre estaba ya admitido en el teatro.

6. — ENTREMESES ANÓNIMOS.

Paralelamente á estos entremeses de autores conocidos fueron saliendo otros, cuyos autores han permanecido ignotos, bien por descuido ó porque, habiendo escrito poco, prefirieron quedarse sin la corta gloria que sus obras habrían de darles.

Como estas obras no son susceptibles de clasificación exacta con arreglo á la establecida, ignorándose hasta fecha aproximada de la mayor parte de ellos, los consideraremos, para el rápido análisis que daremos, divididos en tres grupos de á medio siglo cada uno: Anteriores á 1650, posteriores á esta fecha hasta el siglo XVIII y correspondientes á los primeros cincuenta años de él.

Muchos, como haremos notar, recuerdan ó son arreglo de otros famosos; pero de los demás no recordamos precedente de igual clase; aunque esto sólo podría asentarlo con alguna autoridad quien poseyese una memoria más retentiva que la nuestra. No poco tendrán los lectores curiosos que añadir fijando parentescos y derivaciones que á nosotros se nos han ocultado ó no hemos podido dar con ellos aun después de sospecharlos.

a) Entremeses que corresponden á la primera mitad del siglo XVII ².

El alcalde registrador, que da título al entremés, manda que ante él se registren todas las mujeres del pueblo para saber su estado. Salen las viudas y luego las doncellas. Aquí es donde dice el alcalde:

¹ Los entremeses y demás piezas dramáticas de Agramont están manuscritas en la Bib. Nac.

² Entiéndase que tampoco de ninguna de estas clases de entremeses analizamos más de aquellos que nos han parecido dignos de ser traídos aquí: otros muchos se quedan para el *Catálogo*.

No entendedís vos el enredo; que estas doncellas se casan como las nubes de invierno, que vemos adonde vacian mas donde hincen no lo vemos.

ESCRIB. Mire usted que están corridas.

ALCAL. Bien descansadas las veo.

ESCRIB. Pues ¿cómo se han de casar si usted las deshonra?

ALCAL. Bueno.

Amigo, no lo ignoréis: que doncellas destos tiempos como los órganos son, que si ha de tocar su dueño, para haberlos de tañer otro los sopla primero.

El entremés de *Los arojados* ridiculiza la preocupación del mal de ojo, ofreciendo tipos incapaces de sufrir el hechizo, como un perrito, un ciego, una vieja, etc.

Entremés de las *Brujas fingidas*. Copia de 1712, pero es muy antiguo: de la primera mitad del siglo XVII. Es una imitación del *paso* de Lope Rueda *La tierra de Fajá*. El vejete da á su criado bobo 40 escudos para que se los lleve á un amigo. Venlo unos ladrones y le salen al paso fingiéndose brujos, cantando y bailando y acabando de embelesar al bobo, le preguntan si quiere hacerse brujo, pintándole las ventajas de serlo, sobre todo para comer cosas buenas y en mucha cantidad. Fingen que le llevan por el aire y tendrán en Medina del Campo gran cena; le desnudan y quitan el dinero, y cuando se cree ir volando se encuentra con su amo que le buscaba impaciente. El que hizo este entremés tenía á la vista las obras de Rueda; lo demuestra este pasaje entre el amo y el bobo:

VEJETE. A las dos me dejasteis en el coche, y volvéis á las ocho de la noche.

¿Qué os habéis hecho allá?

ARRUM. Así Dios me guarde, que no he podido...

VEJETE. ¿Qué?

ARRUM. Venir más tarde.

Mas yo me enmendaré.

VEJETE. Sois un menguado.

ARRUM. Pues, añadirme.

VEJETE. ¿Dónde habéis estado?

ARRUM. ¿Dónde?

VEJETE. ¿Dónde?

ARRUM. ¿No sabe el Mentidero?

VEJETE. Al Mentidero sé.

ARRUM. ¿Y al pastelero?

VEJETE. También.

ARRUM. Mírelo bien.

VEJETE. Ya lo he mirado.

ARRUM. ¿Bien?

VEJETE. Bien.

ARRUM. Pues no es allí donde yo he estado.

VEJETE. ¡Simple! Si no mirara...

ARRUM. Cayera y se matara.

Y por el mismo estilo es el de *Los buñuelos*. El vejete manda á Lorencillo llevar á su sobrina en un plato de plata unos buñuelos de regalo, encargándole mucho no

se detenga. Salen los ladrones, suponen conocerle y le quieren enseñar las costumbres del Gran Turco, especialmente cuando se sienta á la mesa. Embobado el muchacho deja que le coman los buñuelos y se lleven el plato, y á mayor abundamiento le llenan de temor asegurándole que está muy enfermo. Hállale su amo, que, como es de suponer, toma el cielo con las manos, y castiga al torpe criado.

Refundióse este entremés con el título de *La burla de los buñuelos*, acostándose aún más á la imitación de Rueda por el lado de la glotonería.

Entremés de *Las beatas*. Dos veces impreso, y lo merece; todo es de costumbres del tiempo. Una joven se queja á su amiga de la extrema sujeción en que la tiene su madre. La amiga le da unos anteojos por los que ve todo lo que quiere, y así van apareciendo en escena dos valientes que refieren una pendencia, un ciego que canta coplas muy picantes y graciosas:

Una niña hermosa y bella,
cansada de mal vivir,
se quiso entrar á servir
por volver á ser doncella.

Un corcovado mal hecho
que en este mundo pecó,
aunque torcido vivió
se fué al infierno derecho.

Mándenme que haga memoria,
ya que á cantar me consagro,
de una historia, de un milagro,
que no es milagro ni historia.

Salen luego una vieja tocándose y afeitándose ante el espejo, y «una visita de mujeres ordinarias con el estilo plebeyo», que es, en efecto, muy curiosa por las razones y lenguaje que usan las dos *damas*, que dicen «*empromelo*», «*contra mi disgusto*», «denmás que he estado dispuesta» por *indispuesta*; «*chocolate*»; y una de ellas lava los guantes de *franchispan* en vinagre y los sahuma con espliego. Salen por último tres beatas que son las que dan título al entremés. Este tipo no debía de ser frecuente en el teatro popular, porque dice la antojadiza Catalina:

Desde la beata mayor
que salió en un baile viejo
nunca he visto más beatas;
y me cae en gracia aquello
del andar unas tras otras.

La primera de las beatas cuenta su vida, en que se hallan mortificaciones y ejemplos como éstos:

Por castigar sinrazones
de aqueste mi mal vivir,

yo ofrezco de no dormir
si no es en siete colchones.

Mi virtud es muy remota,
y en esto no dudará,
pues en mi acción no se ve
que no sea muy *de-bota*.

El amor todo lo roba...

(*Vuelve á beber, hasta dejar en seco la bota.*)

MÚSICA. ¡Ay, que se arroba! ¡Ay, que se arroba!

Al fin bailan el *Villano* todas las figuras.

El buen marido ¹. Es abrumadora y larga sátira contra los maridos pacientes. Supone que una cortesana, para cubrir apariencias, trata de casarse y elige un viudo ya notado por hombre sufrido. Las ocurrencias de los amantes de la dama, ante quienes se trata todo; prevenciones mutuas que se hacen los novios, forman el asunto de este enorme y burlesco entremés que no debió representarse.

De igual extensión y carácter son otros dos llamados entremeses de este autor titulados: uno, *El caballero encantado*, que consiste en un doble engaño que intentan hacerse dos bribones, casando el joven con la hija del viejo que había sido ramera. Tiene 25 personajes sin los músicos ni danzantes, y excede en extensión al anterior.

El Carnaval, pieza que gana en gracejo é intención á las antecedentes, pero también en desvergüenza; de modo que no ya representarse, pero ni aun imprimirse será posible. Varias parejas se sitúan para ver pasar las máscaras y figuras del Carnaval, y en tanto, unos charlan y meriendan, otros retozan, se besan y palpan con el mayor desahogo. Lo que sigue es aún menos decoroso.

Entremés de *Los calzones*. El título está tomado de que un amigo encuentra á otro vestido de luto y con sotana muy larga porque no tiene calzones. Pero el asunto es ridiculizar la manía de los tratamientos: el usía, usiría, y además se apuntan dos caracteres de embustero y de una mujer excesivamente limpia. Canta la graciosa:

Si por dar señoría
nos dan merienda,
miren qué nos darían
por excelencia.

Entremés de *La capa y las figuras*. Dos jóvenes en estrecha sujeción de un hermano tonto, pero muy celoso de su honra, se conciertan con dos amigas para que entren en casa los cuatro novios de todas, que son el barbero, el sacristán, el boticario y el doctor. Usando un recurso parecido al que

¹ En un manuscrito antiguo de la Bib. Nac., se atribuye este entremés á D. Baltasar de Funes y Villalpando. Quizá sea suyo.

Cervantes emplea en *El viejo celoso*, las dos amigas, fingiendo enseñar al hermano una capa que desean vender, la extienden ante sus ojos en tanto que agazapados entran en la casa los cuatro hombres. Y luego disfrazados, cuál de dueña, cuál de diablo ó enano, cada uno toma de la diestra á su amada y se la llevan ante los pasmados ojos del bobalición hermano.

Entremés de *El casamentero*. Intervienen *Juan Rana* y su mujer *Lucía*. El, aunque bobo, se pone á casamentero; pero al primer aspirante le recomienda por mujer á una ya casada, bien que le dice puede hacer la escritura como inmediato sucesor; á otra dama le propone un pastelero como hombre de mucha *mosca* (por las de los pasteles); á cierto galán puntilloso le ofrece una dama de valer, aunque luego resulta que tiene un hijo adquirido en mala guerra, circunstancia que *Juan Rana* le muestra favorable, diciéndole:

J. RANA. ¿No es bueno hallaros hecho un muchacho...
HOM. 2.º (¡La cólera me abrasa!)
J. RANA. Por si no hereda hembra vuestra casa?

A una señora algo exigente y mandona le indica un «clérigo soltero», ya que quiere ser *ama*. A un viejo que busca una niña le presenta una vieja, diciéndole que en ella puede tener las niñas que quiera, pues hay edad para todo. Al fin, su mujer, conjura contra él todos los del pueblo que había hecho mal casados, y ella misma le dice la case con otro. Termina el entremés con un baile.

Entremés de *Los coches de Sevilla*. Empieza con la llegada de los coches á una venta con las distintas clases de personas que en ellos vienen. Una dama melindrosa que cuida más de un perrito que de ella, y exclama:

¡Mal haya mujer que en coche
de campanillas navega;
pues traigo todo el viaje
del sonido de las ruedas
y el tin, tin, tin, de las mulas
mareada la cabeza.

Un valentón cuya vida y hazañas canta en jácara, cierta moza de rumbo que también llega y un portugués dado á la valentía.

En este entremés se canta una jácara entera, por una sola voz.

Es muy bueno, parece de Cáncer y acaso lo sea. Le es también muy semejante *El relox y genios de la venta*, de Calderón.

Entremés de *Las comparaciones*. Ridiculiza la manía de hacer comparaciones en una dama que halla simil á todo cuanto le dicen. Para casarse con ella adopta un galán la misma costumbre.

Entremés del *Degollado*. Fué rehecho por Lanini años adelante. Empieza pintando el carácter glotón del protagonista en la que-rella de una vendedora contra él, que es el alcalde, porque le ha comido media tienda. Varios vecinos ensayan un auto para el *Corpus* en casa del barbero y después tendrán comida. Oyelo el alcalde, quiere ir á ella y lo realiza con pretexto de que el barbero le afeite. Este, que sabe su intención, hace que el oficial finja que le corta en el cuello, dándole con una esponja empapada en sangre. Véndanle toda la cabeza con trapos y le ordenan reposo y silencio. Y en tanto ellos comen y le dan matraca.

Entremés de *Los dos Juan Ranas*. *Bernarda* invita á *Rana* á que venga á verla de noche, subiendo con una escalera por la ventana. El sacristán *Torote* que lo oye, piensa en anticiparse, y una vecina algo hechicera le transforma en *Juan Rana*. Pero un amigo, que también quería á *Bernarda*, descubre todo al padre de ella. Concurrer los dos á la noche, suben juntos ó á la par por sus escaleras; reconócense y caen. Al fin el sacristán entra, y mientras el padre maltrata á *Juan Rana*, el sacristán, como diablo que dice que es, se lleva á *Bernarda*.

Entremés del *Empedrador*. No corresponde al título. El empedrador es una de las varias figuras. Mejor sería el de *El alcalde nuevo*, que es el protagonista. El alcalde viejo entrega á su hijo la vara con licencia del concejo y le da perversos consejos. Sale á rondar dispuesto á prender á roso y velloso. Se le escapan dos ladrones y prende en cambio á una dama con su escudero. Van saliendo otros personajes: un sastre, á quien mira si tiene picado el dedo de coser, pero él le dice que cose con dedal; un empedrador, á quien obliga á desatacarse para ver si tiene callo en las asentaderas; un valiente, que infunde respeto á la autoridad, y una mujer, que canta y luego baila, haciendo que el alcalde la acompañe.

Hay manuscrito antiguo de este entremés con el título de *La ronda*.

Entremés de *Engañar con la verdad*. Parece refundición de alguno de los del siglo xvi, como *El platillo ó Los negros de Santo Tomé*.

La Pérez, sobrina de un viejo Pérez, introduce en su casa á *Maladros*, su amante. El dueño le invita á comer, y después de haber bien tragado, como el viejo le pida un cuento, *Maladros* le repite lo que acaba de pasar, añadiendo que el galán del cuento, luego de haber comido, roba al viejo la plata del servicio, y mostrándole á la vez

cómo lo había hecho, márchase él con la que había sobre la mesa, en tanto que el viejo, con la boca abierta, no cae de su asno hasta que el ladrón desaparece. Pero *Maladros*, á poco de salir, tropieza y se le cae la plata; viene la ronda, y como el robado daba voces de «al ladrón», por librarse hace lo mismo *Maladros* y aun la sobrina, señalando al viejo, que á toda prisa recogía su hacienda del suelo. Detiéndole la ronda, y en vano trata de sacarles de su error diciéndoles que el ladrón es el otro, hasta que la tal ronda declara que no lo es, sino unos músicos que por allí pasaban y quisieron fingirse corchetes. Acaban cantando «en tono de jácara» la Pérez y su amante.

Entremés del *Espejo*. Parece refundición de uno del xvi titulado *El capeador*.

El bobo, criado de una casa, se vió ante un espejo, que creyó ventana; y pensando era el galán de la hija de su amo, comenzó á amenazarle y dióle con un tizón, rompiendo el espejo. Y como se repetía la figura en cada pedazo, creyó que eran muchos contra él y comenzó á pedir confesión.

Un viejo ladrón que le veía, medio le explicó el fenómeno. Y como, según le hace entender, no podía volver á casa por lo del espejo, determinó quedarse de ladrón con el viejo. Acercóseles otro ladrón diciéndoles cómo acaba de quitar una bolsa con diez escudos, y se la mostró. Entonces el bobo propuso á su amo robársela, y cuando el viejo discurría el medio, el bobo, agarrándose al del dinero, comenzó á llamar á la justicia. Sale un alguacil; el viejo asegura que la bolsa es suya y se la quitó el ladrón: sácala el alguacil y entrégasela al viejo y lleva preso al despojado. El bobo pide á su amo la mitad del dinero, y como no se lo da, abrázase también con él clamando justicia, y otro alguacil que sale quita al viejo la bolsa, lo lleva preso y la entrega al bobo. Termina con un baile, según dice; pero no tiene letra alguna ni dice cuál, por donde se ve que el entremés es antiguo. Compárese con el de *Los ladrones* del xvi.

Entremés de *Los galeotes*. Representa el tránsito de una cadena de forzados por un pueblo; el alcalde, al saber que son todos matadores, teme no se lleven también al doctor. El comisario cuida no se le fugue, sobre todo, uno llamado *Mátalo-todo*, y se lo entrega al alcalde. Es *Juan Rana*, á quien la *Chispa*, coima del galeote, emboba y da suelta al ladrón. El comisario manifiesta no importarle mucho, puesto que el alcalde irá por el fugado. En efecto, le ponen á *Juan Rana* las esposas y entra con los demás galeotes. La *Colindres* se le afi-

ción y canta una jácara entera de *Alonsillo el Espalder*, cuyos ladrocinios cuenta. Después de otros curiosos incidentes, la Hermandad, que ha preso á *Mátalo-todo* y á la *Chispa*, los entrega y queda *Juan Rana* libre, sintiéndolo harto, pues dice que ya le había tomado gusto á la vida de forzado. Acaba el entremés con un baile que tiene el estribillo zarabandesco: «*Ande, ande, ande, el señor Alcalde.*»

Entremés de *La hechicera*. Es distinto y mejor que el de *Quiñones de Benavente*, aunque parece que el uno tuvo presente al otro. En este otro es la hechicera una vieja que tiene tal oficio; y como la dama desdeñada le lleva un puñado de cabellos para el conjuro, que le dió un criado del galán deseado, y resulta que ninguno es de éste sino de diversas personas á quienes el barbero había trasquilado, cuando ella espera que, por efecto del hechizo, venga el ingrato, salen todos los dueños de los cabellos requiriéndola de amores. Ella huye y se encierra en su casa. Hay además otro episodio de uno que cree volar en virtud de nuevo hechizo de la misma vieja y no se mueve de la calle del Prado donde estaba embesado, cosa de que á duras penas le convence un amigo que le halla de aquel modo.

Entremés de *La hermosa fea*. A una dama hermosa y desabrida con su galán, unos amigos de éste ofrecen corregirla, y el modo es que yendo por la calle, uno tras el otro, hasta tres veces, después de rogarla muy atentos que se descubra la cara, la llaman fea y se alejan. Ella lo cree y recibe más humilde á su amante; y la que antes no hallaba merienda ni cena de su gusto, se contenta con una ensalada de pepinos.

Este recurso de salir varios hombres con el propósito de ajar la vanidad de alguna hermosa se usa en más entremeses: como uno de *La dama fingida*, ó sus análogos, y *Doña Rodríguez*.

Entremés de *El hidalgo*. Fué escrito para *Juan Rana*. Un mayordomo le va á buscar á la aldea en que vive, diciéndole que es un caballero rico y debe ir á la corte. El se admira, pero lo cree y va.

Aparece luego en la corte vistiéndose con criados; pide de almorzar, pero le dicen que un hidalgo no almuerza; eso se queda para gente ordinaria. Comerá entre las tres y las cuatro, y la comida se la sirven en miniatura; protesta como *Sancho* en la *Barataria*. Queda hambriento, y le dan palillos y anuncian que espera el maestro de danzar. Con el baile termina. Se refundió este entremés para *Manuel Vallejo* cambiando lo necesario, y al final el baile es el *Villano*.

Tiene una segunda parte en que también sale *Juan Rana* vistiéndose, servido y halagado; y ya comienza á hallar bueno el ser hidalgo, cuando recibe un papel de desafío. Rehúsallo cuanto puede; pero sus criados consiguen que lo acepte y le arman de todas armas. Va allá poseído de temor, lidia con miedo y torpeza, y al fin cae gritando ser muerto sin que el contrario le tocara. Acaba con un baile.

Entremés *Del infierno de Juan Rana*. Juan Rana es alcalde de Pozuelo y se propone festejar á los reyes. Salen unos demonios y dicen que lo llevan al infierno por alcalde para visitar los presos. «¡Oh, qué de amigos que ve!» exclama él. Van saliendo un toreador más teórico que práctico; una dueña y un paje atados espalda con espalda; un hidalgo de ciudad condenado por ceremonioso; una condesa imaginaria con su silla de manos y escudero y una calderilla con brasas, como las que usaban en invierno; un galán de palacio que vive de esperanzas; y, por fin, la propia alma de Juan Rana, que es Bernarda Ramírez, y entra cantando:

Fuera, que Juan Rana me espera;
aparta, que Juan Rana me aguarda.
¡Zarabí, zarabí, zarabanda!

Después de saludar á los reyes é infantas con esta danza y estribillo muchas veces repetido, acaban el entremés.

Entremés del *Letrado*. Aunque algo semejante á los demás entremeses, como *El doctor y el enfermo*, *El sordo y el letrado*, y otros en que un cliente emboba al profesor mientras un amigo le roba la hija, hermana ó mujer, difiere en que aquí lo robado es la bolsa de dinero, mientras Perote distrae al legista con una consulta de un pleito disparatado. Y cuando el letrado se impacienta y le da á los diablos, cálmale con el estribillo: «Oiga vuesa merced, que en eso pende»; así como otros dicen: «Ahí está el punto»; «Írme poco á poco», etc. Sale su mujer y le pregunta por el dinero; averigua el robo: llama alguaciles; venlos los ladrones y se finguen ciegos. Pasan al oírlos rezar sus romances, y ellos se juntan con sus marcas y hacen un baile que igualmente desconcierta á la justicia.

Esta conclusión es igual á la de *Los ladrones*, ó *El platillo*, ó *Los negros de Santo Tomé*, pertenecientes al siglo xvi.

Entremés de *Los locos*. Es el mismo tema que el de la *Burla del ropero*, compuesto años después por D. Francisco de Avellaneda. Aquí es el sacristán, que deseando llevarse de Juan Rana unas gallinas que iba

á vender al mercado, le ordena venir á buscar el dinero y le conduce á la casa de locos, diciendo al rector cuide á aquel loco, y se va con las gallinas. Juan Rana, que espera le den el precio, lo pide y lo que le dan son latigazos y le visten de loco y aturden, hasta que entra su mujer á sacarle de allí.

Entremés de *La melancolía*. Es sumamente curioso porque se habla mucho de la representación de las comedias; se copia un cartel, las voces de los vendedores, se parodia una escena de comedia y hasta un poco de entremés.

Entremés *Del negro hablador*. Hay una segunda parte manuscrita que también es buena, insistiendo en el tema de un negro que garla en su jerga ordinaria.

Entremés de *Los peregrinos*. Es un entremés burlesco é irónico todo él. El bobo anduvo á pleitar su vara de alcalde durante cuatro años, en cuyo tiempo su mujer se fué con un forastero y tuvo un hijo. Al mismo tiempo regresan al pueblo, y como los amigos han preparado el ánimo del marido haciéndole creer, entre otras cosas, que el hijo será suyo al cabo de algunos años, recibe á su mujer con alegría y más cuando ésta, vestida de peregrina, le enseña el baile de los peregrinos,

Entremés *Del poeta*. No tiene más argumento que el de presentar el tipo de poeta inagotable, que siempre habla en verso ó acumula consonantes seguidos. Es una variante del entremés de *Los habladores*, de tal modo que vuelve tonta á la misma damisela que no quería oír más que versos, ni dar su mano más que á un gran poeta; y para ello habíaregonado su mano, llamando á oposición de versificadores.

De poetas desafortunados hay otro entremés del mismo título, algo posterior, que es autor dramático y lee á los oyentes fragmentos cuajados de desatinos.

Y otro de *Los poetas locos*, en que la manía de hablar en verso es contagiosa; y así todos los que tocan al primero de ellos adquieren la enfermedad, hasta que el boticario los cura, diciéndoles que siempre serán pobres si persisten en sus manías.

El sacristán ahorcado es de un Fr. Diego de Salazar y de 1642. Sorprendido el sacristán por el padre de la joven que ama, finge ahorcarse. Le lleva el barbero, amante de otra hermana, y luego se presenta al padre como aparecido y le saca algún dinero; pero como le volviese á hallar en la casa acude á un garrote que aclara todo. El viejo les perdona y acaba el entremés en baile.

Entremés de *Los sacristanes*. Entre los impresos en este tomo hay uno (de Quiño-

nes de Benavente, creemos) cuyo comienzo es semejante: en que la hija se burla de su padre, motejándole de judío. Dos sacristanes, novios de la hija y la criada, se esconden en una estera al entrar el padre letrado y un pleiteante. Siéntanse en la estera y sacúdenles de cuando en cuando los escondidos. En esto tiene parecido con el entremés de *Las esteras*.

Hay un segundo disfraz: uno de ellos como artesa y otro como anafe: también esto lo hay en otros entremeses. Al fin se levantan y acaba en baile.

Entremés de *El Visir de la Perdularia*. Está tomado del episodio de Sancho Panza en su isla, con otros recuerdos del *Quijote*. La Perdularia (sin duda en oposición á Barataria) es la ínsula que gobernará el alcalde Lorenzo. Queda sin terminar este entremés; pero es curioso el recuerdo.

b) Entremeses de la segunda mitad del siglo xvii.

Entremés *Del alcalde ciego* (dos partes). Es el héroe un alcalde enamorado de cierta joven que le cita de noche al lugar donde ya están su amante y un amigo prevenidos á la burla. El primero, vestido de diablo, le asusta, y el segundo, como difunto aparecido, acaba de aterrorizarle. Como el diablo se le quiere llevar alega que no está confesado, y suponiendo hacerlo, *confiesa* que el cura está amancebado; que el boticario engaña con sus pócimas, y así los pecados de los demás vecinos. Al fin le llevan.

En la segunda parte hácenle otra burla, aprovechando la facilidad con que se duerme cuando otros juegan. Así sucede, y luego apagan las luces y siguen hablando del juego como si estuvieran en él. Despierta el alcalde, y como no ve nada y los oye hablar y consultarle lances del juego, piensa que durante el sueño se ha quedado sin vista, y aquí comienzan sus lamentos. Fingen luego curarle y sacan luz.

Aunque de buena época é impresos, son pobres estos entremeses.

El refugio de los poetas, de L. Marchante, tiene este asunto, y *La burla del miserable*, de Suárez de Deza.

Entremés del *Arca*. Es el tema conocido y repetido en novelas y comedias, como las italianas del siglo xvi, de llevar el galán á casa de la dama metido en un arca que se deposita en poder del padre de la joven.

El modo de tratar este entremés el asunto es muy semejante al del *Gigante*, de Cáncer, *El fariseo*, y acaso con algún otro.

En éste el sacristán Garulla quiere ma-

tarse, un amigo lo impide y ofrece casarle con la hija del vejete, á quien ama, y le encierra en el arca.

Entremés de *La barbuda*. Censura el autor con gracia é ingenio los celos extremados en la mujer propia.

BÁRBULA. ¡Jesús, qué mal contento te ha enviado
la mi señora con quien has estado!
LESM. Más alegre en mi vida no he venido.
BÁRBULA. Señal de que vendrás favorecido.
Mas, ¡ay! que la valona
ajada traes; ¡dichosa picarona
la que aquí echó los brazos!...

De este modo sigue ensartando mil impertinencias. No quiere que se presente ni aliñado, porque no se le aficionen ni con desaseo que revele el poco amor que en su casa le tienen. No puede tener amigos que son, á su juicio, los confidentes de sus liviandades. No le consienten comer lo que le agrada, so pretexto de que le puede hacer daño, recordándole ejemplos y casos muy lejanos. Le sigue y persigue cuando sale; si saluda, aun sin conocerla, á otra mujer, pone el grito en el cielo. Por fin, se traba de palabras y de manos con otra que sólo en breves frases había preguntado algo á su marido. Este dice que es loca, y que la dejen por ello á los vecinos y pueblo que se llegan á la reyerta, y acaba el entremés cantando unas seguidillas.

Este célebre entremés fué refundido, imitado, plagiado y adicionado con los títulos de *La celosa*, *La esposa enamorada*, *Doña Bárbara*. Pudiera ser de F. de León, pues figura en las *Obras* suyas, manuscritas en la *Bib. Nac.*, por haberse representado entre la primera y segunda jornada de *Icaro y Dédalo*, comedia de F. de León, representada en Palacio, á los días de la reina María Luisa de Orleans en 1684. Pero como la comedia se imprimió en la *Parte 48* de *Escogidas*, sin entremés, aunque sí con el segundo intermedio que fué el baile de *Las aves*, parece indicar esta omisión que el de *La barbuda* sea de otra mano.

Tiene una segunda parte, y en ella, Doña Bárbara, aborrece de muerte á su marido, tanto que, fingiéndose éste enfermo, le provee inmediatamente de médico y barbero, para que le hagan comer y beber por fuerza, le quiten de dormir con ruidos de sonajas, tamboril, pandero, ginebra y carracas. El carácter burlesco de esta segunda pieza es muy acentuado.

Al parecer, el primer texto de este entremés es el que se halla en la *Floresta* de 1680, sin más título que el de *Entremés para el auto de la Inmunidad del sagrado*. El título debió de proceder de que uno de los

personajes (suprimido en algunas copias) es un extranjero «vestido á lo franchote, que ha de hacer la Borja», y que enseña «la mu-cher barbata». En el entremés se la llama también *la barbuda* diferentes veces.

Luego suprimieron este episodio de *la barbuda* (que es el más gracioso del entremés), y quedó sólo el carácter de la mujer, que es, en efecto, muy bueno, y de ahí los títulos sucesivos de *La celosa*, *La esposa enamorada*, etc.

La cabellera y los muertos. Ridiculiza la costumbre de las cabelleras postizas que comenzaban á introducirse. Una mujer sale pidiendo justicia porque su marido se ha rapado á navaja su pelo y gastado *veinte de á ocho* (reales) en una cabellera postiza. Sale luego el marido ponderando la comodidad de no necesitar peinarse, ni ponerse lazos, esperar al barbero y aguantar tirones. El criado le dice:

CRÍADO. Por eso más de cuatro se lo han puesto.
QUITERIO. Ninguno se la pone sin pretexto;
y en Italia y en Francia es una cosa
que ya todos la tienen por honrosa,
pues allá el no traerla es gran bajeza.

La mujer introduce cuatro hombres vestidos como difuntos que, después de quitarle la peluca, diciendo tener cada uno parte en ella, le zurren con el matapecaos.

Entremés de *Cazolilla y Colchón*. Es una imitación de *La manta*, de Quiñones, pues también aquí se esconden bajo la cubierta de un colchón los tres galanes de la mujer de Cazolilla.

Entremés de *La dama encerrada*. Es de asunto muy parecido al *Pleito del mochuelo*, *La burla de Pantoja*, *El doctor y el enfermo*, de Quiñones, que será el primero. Aquí, para entretener al marido, salen dos ciegos, cantan un romance, y al final, suponiendo formar parte de él, cogen la mujer y huyen con ella.

Descuidarse en el rascar (1668) es el mismo asunto: un letrado engañado por un litigante difuso é impertinente para que otro le robe la mujer (en otros la hija ó la hermana).

El doctor Soleta (1691) es viejo médico, padre y tirano de una hija. Un amigo de su amante se finge labrador y enfermo y con él va á casa del médico, á quien cuenta por largo las enfermedades de toda su parentela, con bastante gracia, aunque en forma algo grosera, hasta que, desesperado el médico de oírle, echa de menos á su hija, que se había largado con su amante. Al fin bailan todos como en los antiguos entremeses. Este debe de ser muy anterior á 1691, en que fué impreso.

La dama fingida. Una sobrina de mondonguera se pone en gran estado de casa, llamándose de señoría, en espera de casarse con un marqués de la Garapiña que luego resulta también un bribón. Una tía de la pretensa dama, amenazándola con un palo, le hace volver al Rastro y seguir lavando en el río las panzas y los cuajares.

El entremés de *Los degollados* pone en parodia la justicia marital en caso de adulterio. El bobo Zoquete ha sorprendido en el desván de su casa al sacristán Torote con su mujer Olalla; los ata y va ante el alcalde á pedir se le permita degollarlos. Cuando los traen á su presencia para que los castigue, enternécese ante las lágrimas de su mujer y del sacristán, que le requiebra empleando frases semejantes á las de Olalla, y les perdona.

Entremés del *Desafío*¹. Es imitación del *Desafío de Juan Rana*, de Calderón, aunque tomado el asunto de otro modo. Aquí el bobo Toribio, no sólo no es valiente, sino que le hacen creer que su contrario le ha muerto, aunque se ofrecen á resucitarle siempre que se haga amigo de su rival. Parece ser arreglo ó refundición de la segunda parte de *El hidalgo* de la época anterior.

Entremés de *Don Guindo*. Enorme sátira de los hidalgos pobres y orgullosos. Don Guindo no dejaba sangrarse si el barbero no le decía que era hidalgo; no entraba en las ventas sino en tal condición, y si observaba que no era verdad se salía de noche de la posada aunque cayese sobre él más nieve «que en los Pirineos altos». Trataba á sus criados siempre de plebeyos. Pero él está pobrísimo, de suerte que la risa y burla le siguen adonde quiera. Yendo á torear, un novillo le arrojó á un muladar, de donde no podía salir por su pie, y se negaba á salir si no venían hidalgos á sacarle. Esto no hubiera pasado en el teatro cuarenta años antes.

Entremés de *Doña Rodríguez*. Es el mismo asunto que los *Condes fingidos* de Quiñones de Benavente y otros entremeses. Más bien debiera llamarse de *Doña Aldonza*, que es la protagonista. Doña Rodríguez apenas dice palabra.

En un manuscrito de 1661, y con el título de *La presumida*, se atribuye este entremés á D. Diego de Figueroa y Córdoba. Le habrán cambiado de título por ser más extraño el de *Doña Rodríguez*.

Entremés del *Encanto en el abanico*. Curioso para la historia de las costumbres. Dos tusionas tratan de hacer una burla á una

¹ Se atribuye también á Matias Godoy, cómico que por los años de 1660 representaba vejetes.

mercadera de la Puerta de Guadalajara, y mientras ésta rechaza á un pobre hombre que le pide fiados unos zapatos y emboba á una vieja vanidosa llamándola niña, se deja seducir por las dos bribonas que le hacen sacar lo mejor de su tienda y luego le enseñan un abanico «de la Maga» que ellas tienen, con que la tendera se embelesa dándose aire y lugar á que ellas se fuguen con lo que habían hecho sacar de muestra. El marido, que sale, quédase también «elevado» con el abanico, hasta que la criada, cansada de esperar, les vuelve el juicio y entonces echan de menos sus géneros¹.

Entremés de *La garduña*. Es el mismo que *La ladrona y La ladrona y chirimías*, uno impreso en la *Floresta* de 1680.

En un pueblo prenden á una famosa ladrona; pero esto sirve de pretexto para que ella luzca sus habilidades. Canta una jácara que principia:

Escúchenme los jayanes
de antuvión, mohada y chirlo,
que por mis travesurillas
he caído en el garlito.

Canta otras cosas populares y baila el *Villano* y otro baile con el estribillo

Dábale con el azadoncito
y dábale con el azadón,

el *Canario*, y representa ¡un auto sacramental! Además ensucia con tizne y harina al alcalde, regidor y escribano y les roba las capas, aunque luego se las devuelve. Este entremés se hizo en fiesta real, porque al fin dice ella cantando:

Mejor es que se acabe
con reverencia,
sin festejo, que cuando
divierte, atruena.

Entremés de *Los genios*. De la idea de éste hay otros entremeses, como el *Relox y los genios de la venta*, atribuido á Calderón en las *Tardes apacibles* (1663).

Vallejo, como alcalde, sale á rondar y van pasando un hombre *acomodado* (amigo de su comodidad, egoísta); otro que desea agradar á todos; un porfiado y un presumido de informado; la dueña de la casa en que entran de tertulia los dichos es presumida de decir equívocos; otra ríe y alaba cuanto oye: es aldeana y grosera. Otra presume de inventar usos nuevos; otra repite lo que oye á su marido. Terminan cantando Vallejo y Bernarda.

Entremés de la *Guitarra*. Mucho se representó este ingenioso entremés. Una mu-

¹ Impreso en 1672, atribuyéndolo á cierto D. Manuel Díaz, de quien no hay otra noticia.

jer celosa de su marido conviene con un amigo, su compadre, en que para corregirle le diga lo que hace el calavera sin que sepa cómo ó por dónde la mujer descubre sus travesuras, valiéndose de la guitarra, que muy bien tocaba el compadre y que el marido gustaba de oír. Se llama también *vihuela*, y según la clase de música así sabía lo que el marido había hecho aquella tarde.

COMP. Yo la vihuela tomaré en llegando,
y oíd el modo que he de ir avisando:
Si al paseo del Prado hubiese ido,
tocaré *pasacalle*.

MUJER. Ya he entendido.

COMP. Si con alguna dama hubiese hablado,
pavana tocaré; tened cuidado.

MUJER. Con tanto oído estoy.

COMP. Y si cosario
fuere á su casa, tocaré *el canario*.
¿Lo olvidaréis?

MUJER. De queso no se trate.

COMP. Y si ella le diere chocolate,
jácara tocaré, que es muy vecina
de *jícara*; ¿entendéis?

MUJER. Traza es divina.

COMP. Si él envía por dulces.

MUJER. Eso aguarda
mi atención.

COMP. Tocaré entonces *gallarda*;
pues claro está que el dar es *gallardía*.
Y si acaso tuviere cercanía...
ya entendéis... con la dama...

MUJER. ¡Ay, penas mías!

COMP. Tocaré...

MUJER. ¿Qué, compadre?

COMP. *Las folias*.

Sale el marido dejando encerrada á su mujer. Encuéntrase á poco con el compadre y le cuenta una aventura amorosa y entran los dos en casa. La mujer pregunta al marido dónde había estado y le dice que en la comedia con el compadre, quien así lo afirma; pero al mismo tiempo toca *pasacalle*, *pavana*, *jácara*, *gallarda* y ¡hasta *folias*!, con lo cual la mujer le repite punto por punto todo lo que había hecho, y «embiste con él» hasta que los vecinos logran separarlos.

El labrador gentilhomme se imprimió con las comedias de Calderón *Hado y divisa* (1680), por haberse representado con ella; pero no es de Calderón, porque éste no sabía francés, y el entremés es un extracto de la comedia de Molière, del mismo título.

Entremés del *Letrado y el perro*. Es el asunto del *Pathelin francés*. Lorenzo va al letrado que le dé el medio de no pagar á Pedro Alonso, que teme mucho á los perros. El letrado le dice que ladre cuando Alonso reclame la deuda, y que á él por la consulta y remedio le dará 20 escudos. Lorenzo ladra á Alonso, que huye, pero también le ladra al letrado cuando le pide los 20 escudos.

Entremés de *La Maya*. Es distinto del

de Quiñones de Benavente. Supone que Escamilla sale huyendo de Madrid, y en Getafe una mujer le dice:

Yo tengo moño, jaulilla,
guardainfante, ropa, saya;
y si de Maya se viste,
pidiendo para la Maya
nos darán todos dineros.

El estribillo de pedir es:

«Den para la Maya,
que es hermosa, pulida, bonita y galana»,

como en el de Quiñones.

Del asunto de este entremés hay, como hemos visto, además del entremés de Benavente, un baile anónimo (núm. 197 de este tomo) y otro de Zamora.

La costumbre antiquísima de celebrar la llegada del mes de Mayo, todavía, á pesar de las prohibiciones eclesiásticas y seculares, duraba en el siglo XVI, pues Covarrubias, en su *Tesoro* (art. *Maya*), dice: «Es una manera de representación que hacen los muchachos y las doncellas, poniendo en un tálamo un niño y una niña, que significan el matrimonio, y está tomado de la antigüedad.» Pero ya en tiempo de Covarrubias se había substituído la cama por una mesa, donde en lugar de dos se ponía sólo una niña ó una mozuela, muy adornada, y otras muchachas pedían para ella. El mismo dice en el artículo *Cara*: «Las doncellas que piden para hacer rica la Maya dicen este cantar:

Echa mano á la bolsa, cara de rosa;
echa mano al esquero, caballero.»

Otra parte curiosa de esta costumbre era que, al llegarse las mozuelas á pedir á los hombres, fingían limpiarles la ropa. Así lo dice este entremés: «Lléganse á ellos las mujeres y límpianles.» Y lo mismo en el baile referido (pág. 485), que creemos de fines del siglo XVI, aunque no se imprimió hasta 1616:

Saliéronles al encuentro,
y en estando en su presencia,
limpiándoles los vestidos,
les dicen desta manera:
«Den para la Maya,
que es bonita y galana.
Echad mano á la bolsa...», etc.

Entremés *Del nigromántico*. De fiesta del *Corpus*. Un valiente quiere por fuerza casar á un hidalgo montañés con una prima suya. El hidalgo busca al nigromante para que le diga la verdad de las cosas de la dama, y el hechicero se la muestra en su casa fregando, pues era muy pobre. Terminan con baile, porque el nigromante ofrece dote á la novia.

Hay una escena de universidad, en que *vitorean* al astrólogo.

Entremés de *La noche de toros en Madrid*. Es tan bueno como el que sigue y de semejante corte. Salen dos curiosos, que ponderan lo que en tal noche puede verse. Tres músicos entran diciendo:

- 1.º Amigos, tender el rancho,
sirvan de alfombra las capas,
mientras que para cantar
doy un tiento á la guitarra.
- 2.º A la orilla del tablado
formemos la plaza de armas.
- 1.º Vaya alguna jacarilla.

Una busconcilla lamentase de que en toda la noche nadie la haya dicho palabra agradable. Halla uno que, acostado en su falda sobre la arena, le permite sacarle dinero y cuanto lleva en los bolsillos. Una vieja, reprimiéndolo á su hija por ser traviesa, á que contesta la niña:

Pues si los hombres andan pellizcando
y otros con alfileres van picando,
sin que baste callar ni echarme el manto.

Siguen otros lances y figurones. Acaban cantando. Antes habían cantado ya el tono de *Marizápalo*, que llaman nuevo.

Este entremés ha de corresponder á los años de 1660, poco más ó menos; el siguiente es de unos cuarenta años después.

Entremés de *La noche de toros*. Si fuese verdad lo que dice este juguete, las fiestas de toros sacarían de quicio á los madrileños. Van presentándose varias personas en la plaza, donde pasarán la noche para tomar sitio. Salen parejas de rumbo con pandero, guitarra y castañetas cantando:

Con pandero y guitarra
huélgate niña,
que la noche de toros
no es cada día.

Una dama culta y crítica con un vejete; un vendedor de balcones; un soldado con el carpintero que puso y vende los tablados; dos italianos hablando de *tanti farfantoni di spañolo*; disputa del soldado con el carpintero, que le pide un ducado por el asiento; grupos que pasan cantando y tocando á lo lejos; un portugués á quien la tonadilla dice que *tuda el alma me finca derretida*, y que se dirige á las *mininas*, para lo que tiene que sacar la espada contra el soldado, que ya estaba con ellas; un hombre que busca á su mozo. De pronto «suena grita y ruido de cencerros, como de venir el encierro, y se mezclan unos con otros», y se precipitan á subirse al tablado. Queda solo el portugués; un toro se desmanda: el lusitano, impávido, le dice al toro que le haga *acatamento*, y le voltea y sigue. Cantan luego todos.

Entremés *Del Paratodo*. El Paratodo es

á barrio donde me dicen
que en él zurran la badana.
¡Brava culebra me da!

Sale una tusona que le pide dulces y la engaña dándole un papel de castañas; le pide unas almendras tostadas para llevarle el pañuelo de puntas. Mientras las va á buscar, se quita y vuelve el guardapiés encarnado que traía y la mantilleja blanca. Sale el hombre y cree que es persona distinta, pues le asegura que la que busca se había ido corriendo. La sigue y sale uno vestido de muerto que le dice no vaya á la casa, porque le aguardan seis hombres para matarle. Se oyen voces de socorro y de «¡muerto soy!». Salen varios y le detienen, afirmando es él el asesino.

Por fin le declaran la burla.

Entremés *del paso de las Armas de la hermosura*. Parodia de la comedia calderoniana, semejante á la otra ya vista de *La hija del aire*. Tales parodias se hacían en Carnestolendas. Esta es sólo del paso de las embajadas que Roma envía á Coriolano para aplacar su furia y que recibe de muy mal talante lo mismo á su padre que á su esposa. Queda incompleta esta graciosa imitación burlesca.

Entremés de *La plaza del Retiro*. Intervienen Antonio de Escamilla, Manuela de Escamilla, su hija y Bernarda Manuela. Este entremés se hizo con la comedia del *Imperio de Alcina*.

Pinta dos tipos que andan por el Retiro: uno que se enfada y pudre de todo y otro que es la indiferencia en persona. El primero hace una relación amarga de las fiestas, con razones superficiales y hasta se alegra cuando en las cañas cae alguno del caballo. En medio de esto el autor va deslizando sus chistes, salida de personajes graciosos: ciegos cantando coplas satíricas (*la Grifona* y la *Escamilla*); vendedoras de bollos y de «limas dulces de Valencia»; otros que salen diciendo han sido malas las cañas, las parejas, la comedia que además fué larga, los toros «mansos como unas ovejas», etc. Es muy buen entremés en su género.

Entremés de *La respondona*. Es el mismo que se imprimió en el siglo XVIII con el título del *Melonar y la respondona*, y uno y otro, imitación del paso de *Las aceitunas*, de Rueda, con el entremés de *Los huevos*, que imprimí en el tomo I, número 39, y todos sacados de cuentos populares.

Para salir de pobreza propone el marido servir cuatro años él á la viuda de Robledo y ella al Cura, y con lo ganado comprarán un melonar, y sobre venderlo á real y medio

un maestro que enseña á hacer valientes, discretos, galanes (á éstos les recomienda llevar tufos, capa corta, altos tacones, polvos al cabello, sombrero chico y hablar con mimo), palaciegos, aunque esto último no logra conseguirlo en el caso que se le ofrece, porque como el maestro contesta cuando le preguntan:

- RUFINA. ¿Cómo á ser palaciego
no aprende nadie?
LÁZARO. En primores del cielo
no cabe el arte.

Entremés de *El Pardo*. En Diciembre, con ocasión de festejar los años de la reina Mariana, se reúnen en El Pardo diversos personajes: dos mujercillas de mantellina y montera, que aspiran á cambiar por una gorra, como ellas dicen, y la hallan en dos desocupados que las convidan; un ciego, de novio, con su mujer de la mano, y una madrina, y los tres cantan una jácara que principia:

A celebrar este ciego
la boda, se vino al Pardo,
y es mucho que se haga fiesta
de lo que siempre es trabajo.

La novia estaba descontenta de que no la hubiese regalado, como si pudiera dar vistas quien carece de ella, y bastante ha hecho que la admitió á ojos cerrados. Un estudiante gorrón sale haciendo cortesías á los novios que le convidan, y él, en pago, comienza á dirigir pullas al ciego, preguntando si como era Pascua sería ciego de *Nacimiento*, y si el haberse venido al Pardo sería para hacer algún *ojeo*. La novia del ciego canta otra jácara del Mulato; el ciego dice que es vieja; pero él sabe otra nueva á la reina, que aquel día cumplía años, y la tenía para imprimir.

Entremés de *La parida*. Es el mismo asunto que el del *Estudiante que se va á acostar*. El estudiante se llama también Perico (en el *Estudiante*, *Perote*. Véase el número 46 de este tomo).

Entremés nuevo de *La Parida*. Es de asunto muy semejante al *Detenido Don Calceta*. Un galán regaló cena á cierta dama; pero ésta y una amiga que desean no la disfrute, le suscitan en el camino varias dificultades para que llegue tarde, valiéndose del primo de una de ellas que se disfraza de mujer y supone estar de parto; luego de jugador y le pide consulta sobre una combinación de cartas y quiere llevarlo al garito, diciéndole:

- TAHUR. Cerca tengo la posada.
GRACIOSO. ¿Dónde vive?
TAHUR. A Lavapiés.
GRACIOSO. El demonio que allá vaya

ó dos reales surge la disputa. Después de aporrearse bien, hacen paces y se ponen á comer ante los vecinos. El pide dos huevos estrellados; ella dice que asados; luego él quiere que ella coma un huevo; ella se niega; insiste él en que coma, no ya uno, sino los dos; ella los arroja al suelo; él la zurra y los vecinos de nuevo los apaciguan.

Entremés del *Robo de las Sabinas*. Para el auto de *Psiquis y Cupido*, de Calderón.

El vejete, comisario de las danzas del *Corpus*, no puede hallarlas en Madrid, y envía á su criado á buscarlas por los pueblos. A la vez, tiene dos hijas enamoradas de dos sacristanes, y éstos, para sacarlas de casa, idean con el criado y otros amigos formar una danza del *Robo de las Sabinas*. Explicándole luego al viejo el asunto, los sacristanes cargan con sus hijas. El las perdona y permite se casen.

Es muy semejante en la manera este entremés al del *Robo de Elena*, en que, representando una comedia de este asunto en casa de un letrado, el galán que hacía Paris huye con la hija del letrado que era la *Helena* de la comedia.

c) Primera mitad del siglo XVII.

Entremés del *Alcalde Garrotillo*. Imita uno de *Los Alcaldes*, de Quiñones de Benavente, y parece sacado de allí.

Entremés del *Alcalde ladrón*. Es curioso por el asunto. Un alcalde muy pobre, inducido por un viejo ladrón, se propone despojar á sus gobernados por este procedimiento. A un vecino que tiene un buen pollino, le acusa de archiduquista (partidario del archiduque Carlos), y como lo niega, dícele que entonces lo será su pollino, y si no que grite, como está mandado por él, ¡Viva Felipe VI El paisano asustado pídele no pase á mayores en la información y afloja sus treinta ducados. Lo mismo hace con otro que sabe tiene un buen cebón y con otro que posee rollizas gallinas. Pero un receptor que llega, en malhora para él, le forma proceso y sentencia á horca. El entremés acaba en baile.

Los amantes á oscuras. En este entremés de *Los amantes* es donde se dice:

Una de las locuras de este mundo
es esta de *saber* hablar profundo.

Es de enredo, porque Aldonza convoca á obscuras á su cuarto á los cinco galanes (sacristán, médico, crítico, alguacil y valiente); se enredan unos con otros y ella saca luz; les dice ha sido burla y que acaben con un baile, y al fin cantan:

Y si estos entremeses
parecen largos,
en lugar de entremeses
serán *entre años*.

La imitación con los de Moreto y Calderón es patente.

Entremés de *La Cañamona*. Alude á la guerra de Sucesión y cita al duque de Vendôme. *La Cañamona* parece haber sido personaje real y partidaria del archiduque, pues la llaman *traidora*. Recuerdan además que estuvo presa. Hoy estos hechos, entonces famosos, quedan en la sombra. Este entremés se representó en las fiestas del *Corpus*.

Entremés de *Los Costales*. Se compuso al nacimiento (1707) del príncipe Luis, hijo de Felipe V, como se dice al final.

Recuerda sucesos de la guerra. El título es procedido de que un amigo introduce metidos en costales cuatro soldados, uno de ellos, el sargento, amante de la hermana del que compra los costales. Después de corta ausencia, para hacer el pago vuelve el hermano cuando ya están fuera de los sacos los hombres, pero disfrazados de matachines. Con el natural asombro del hermano hacen sus juegos, y al fin del entremés se baila.

En una receta para ser soldado, se dice:

Mucho galón y un blondo peluquín,
un latiguillo y bota á lo dragón,
ir al Prado en caballo muy trotón
y llevar de la mano otro rocín.

Decir: «no entiende Eugenio lo del Rhin»,
mirar muy de falsete un escuadrón,
y en todo caso ir, en la ocasión,
primero que á las balas, al botín.

Ser siempre de contrario parecer;
de todos los que mandan decir mal
y después ir con ellos á comer.

Pretender y quejarse de fatal;
que con estas liciones podrá ser
en un mes, un gallina, general.

El doctor Borrego. Es el mismo asunto que el del *Doctor Simple* (impreso en la página 119 de este tomo), en que un criado del médico se viste como tal y receta los mayores disparates.

Entremés del *Doctor Chamorro*. Se ve por los nombres de los médicos *Chanfloni* y *Carlini* que esta pieza está imitada de las farsas que hacían los *Trufaldini* que había entonces en España.

En cuanto al asunto, resulta soso y necio, como todos aquellos de esta época en que intervienen médicos que dicen unos latines muy burdos. Conócese que se había perdido la costumbre de entender otros más agudos y finos latines, cuando ahora hacían gracia tales sandeces. También ha-

blan un chapurrado italiano los dos doctores *Chanfloni* y *Carlini*.

El enmendador. Está bien ideado este entremés, aunque el asunto aparezca ya tratado por Salas Barbadillo, Quiñones de Benavente y Castillo Solórzano. El enmendador obliga al amo, que debe dinero al criado, á ponerse el traje de él, y viceversa, pues como dice: más esclavo es el que debe. A una beata que echa reniegos y pésetes y descubre su braveza, á que vista el traje del sargento, que es un gallina. Y así algún otro tipo semejante.

Entremés del *Estudiante*. Es refundición de dos entremeses distintos, pues dos son las burlas del estudiante.

En la primera, como barbero desuella y hurta las capas de dos pardillos, y luego, como alcalde, les lleva dinero. Aun en esta burla hay otras dos partes: la primera de barbero figura en el entremés de *Los alcaldes enharinados* y en otros, y creo que en uno de los basados en el *Retablo de las maravillas*.

La segunda burla es con dos ciegos, metiéndose silenciosamente en medio de ellos y comiéndoles su almuerzo y bebiéndoles el vino y dejándolos luego riñendo y golpeándose, creyéndose cada uno víctima del engaño del otro. (*El hambriento*, de Villaviciosa, tiene este asunto.)

Entremés de *La hija del aire*. Es burlesco y parodia de *La hija del aire*, de Calderón. Quizá pertenezca á los últimos años del siglo anterior, como *El robo de las Sabinas*.

Entremés del *Mico*. Esta pieza grosera fué muy representada y hasta se escribió dos veces, pues hay dos distintos textos.

Sorprendido el sacristán por el marido de Gila, ésta le manda ponerse sobre una mesa como santo y ella de rodillas como arrodada. El bobo cree es cosa de santidad, y más cuando observa que el santo abraza á su mujer, aunque al ver lo que se repite ya entra en mala sospecha y sale á buscar un palo. Al volver le dice su mujer que el santo se fué al cielo, pero que le ha comprado un mico, que es el mismo sacristán. El bobo lo cree y aun juega con él, hasta que recuerda su fisonomía y acaba por darle de palos.

Entremés de *Mi compadre Pedro Pérez*. Tiene gran semejanza con los entremeses de las consultas impertinentes é inacabables ya de médico, ya de abogado. Esta es de médico, para sacarle una bolsa que lleva siempre consigo, y luego la bolsa tiene sólo piedras.

El chiste y el título están en que cada vez que uno de los ladrones nombra á su

compañero «mi compadre Pedro Pérez», éste se levanta y uno y otro se hacen una serie interminable de cortesías y saludos que impacientan y desesperan al médico.

Hay el mismo con el título de *Pedro Pérez*, algo variado al principio.

Fué refundido, más recargado en las cortesías, é impreso poco después con el título de *Tembleque*.

Entremés del *Mochuelo*. Alude expresamente al entremés del *Letrado*, manifestando que éste viene á ser repetición del mismo asunto.

HOMB. Aquí te tengo de quitar la vida.

GRAC. ¿A mí? ¿Por qué?

HOMB.

Ya te conozco.

¿No eres tú un bellacón que me decía de un pleito, cuyas pullas no entendía, con decirme, pensando que me ofende: «Oiga vuesamerced, que deso pende?»

Esta era, en efecto, la muletilla del consultante del *Letrado*.

Entremés de *La mona de Taravilla*. Taravilla se disfraza de mona para ver y robar á la hija del letrado, en tanto que un amigo consulta con éste un pleito sobre los supuestos estragos que la mona había hecho en casa de un vecino.

Entremés del *Monstruo nuevo*. Tiene rasgos de costumbres: ciegos, estudiante, gorrón, soldado, dama crítica. (Este tipo de la damisela redicha sale varias veces en los entremeses.)

También el protagonista es el sacristán, como siempre enamorado y favorecido de la mujer del bobo.

El cuento del *Monstruo* aparecido en Escocia, y de que se disfraza el sacristán para hablar con Clara, debía de ser cosa de entonces, como también lo prueba el que salgan los ciegos cantándole en jácara.

Entremés de la plaza Mayor de Madrid, para Navidad. Se estrenó en la Navidad de 1714 para celebrar la venida de la reina Isabel Farnesio.

Así este entremés, como los anteriores, *La plaza del Retiro*, *La plaza de Madrid*, *La noche de toros*, *La noche de San Pedro*, *La noche de San Juan*, y algún otro, son en el siglo XVII y primeros años del siguiente lo que los sainetes de Don Ramón de la Cruz, hoy tan estimados, en los últimos años del XVIII. Hasta los títulos son iguales; y así tenía que ser desde que unos y otros autores se proponían copiar cosas que veían. De la comparación de todas estas piezas puede obtenerse curiosos resultados respecto del cambio de costumbres en un siglo.

En éste aparecen un regidor de Arganda, lamentándose de la confusión de gente,